

LA PATRIA Y EL EJÉRCITO

He visto con asombro y también con indignación que el Presidente de Costa Rica, Oscar Arias, propone que en el Uruguay, al igual que en su país, desaparezcan las Fuerzas Armadas, y en un acto de intromisión impropio de quien debería exhibir con lucidez su condición de Premio Nóbel de la Paz, alienta a que los uruguayos cometamos el mismo error.

Como ciudadano de un país libre y soberano que mantiene lazos de amistad y de respeto con Costa Rica, como Soldado del Ejército Nacional y como Presidente del Centro Militar me siento en todo punto agredido por esas destempladas declaraciones de Arias. Considero que este señor no tiene título, ni ciencia ni virtud para entender en los asuntos de nuestra República; considero que sus fines, al declarar lo que declaró, distan mucho de ser límpidos: sabemos a qué intereses sirve el señor Arias, cuáles son sus amigos, sus aliados estratégicos, a quién obedece en materia de política internacional. Y, por eso, lejos de infundirnos confianza, nos carga de recelo y de molestia verlo inmiscuirse en los soberanos asuntos de la Patria Oriental.

Costa Rica no tiene ejército porque tiene obediencias y alianzas que le ahorran la intemperie y el honor de defender soberanamente sus intereses. La Guardia Nacional Costarricense es para uso exclusivo en los asuntos internos de Costa Rica, sea como Policía, sea como Ejército.

Si analizamos los inventarios seguramente es más poderosa que nuestro Ejército. ¿Será para asegurar el orden interno o para defender los intereses de las multinacionales del café?

Los Estados Unidos de América están ahí, a un paso y enmarcados con Costa Rica en una alianza que les permite ir subrogando un deber que es propio de las naciones libres y celosas de su independencia; están, como estuvieron desde hace ya más de cien años, para cumplir funciones de defensa regional mientras personajes como Arias se pasean por el mundo dictando amables cátedras de excelencia gubernativa a otros gobiernos. El Dr. Luis Alberto de Herrera escribió, hace ya unos cuantos años, algo que es verdad en todos los tiempos y lugares y que muchos costarricenses se deben plantear no sin turbación: *“Cuando la seguridad de una nación depende de la benevolencia de otra nación, su autonomía también es fruto de la ajena benevolencia”*.

Pero allá Costa Rica con su destino. Le deseamos, sin reservas, la mejor de las suertes porque le tenemos respeto y aprecio a su pueblo. Ha de quedar bien nítido que en verdad no nos incumbe cómo afronta y resuelve ese país sus muchos problemas.

Lo que sí nos incumbe y nos agravia no tiene que ver con Costa Rica, sino con la ignorancia de Arias, con su prepotente modo de sentarse a una mesa en la que no ha sido invitado; porque si hay algo que es claro, es que en el Uruguay no hay espacio para sus juegos ni ambiente para sus intenciones o mandados. En los foros internacionales, de los que es abonado, el señor Arias podrá pontificar sobre

todos los temas que le parezca, podrá cumplir con todos los favores que se le exijan desde los centros de poder, pero esos malabarismos se paran en nuestra frontera.

Aquí, por más cordiales que sean las normas del protocolo, decimos las cosas sencilla y terminantemente: usted, señor Arias, no sabe de qué está hablando y no tiene derecho a hacerlo sin incurrir en atropello o en ofensa.

La carta que envía al Presidente de la República, es inadmisibles por muchas razones, pero principalmente lo es porque se funda - quiero creer - en la más pura ignorancia y no en olvidos manipuladores.

Este confundido señor centroamericano no puede desconocer que el actual Presidente Mujica dejó de lado la lucha armada y es en la actualidad el Presidente Constitucional de la República Oriental del Uruguay, electo en elecciones libérrimas con pluralidad de Partidos Políticos, para desempeñarse dentro de un sistema republicano, democrático y representativo de gobierno; ya no es el guerrillero que siguiendo órdenes de Fidel Castro se lanzó a una aventura que derivó en una guerra civil.

El presidente Arias olvida que fue el comunismo internacional y sus compañeros de ruta quienes nos declararon la guerra, siendo que en ese momento nuestro país era un ejemplo dentro de las democracias del mundo, con un gobierno constitucional republicano y democrático.

Asimismo, debe saber el Presidente de Costa Rica que gracias al Ejército Uruguayo, Mujica y todos los integrantes de las organizaciones sediciosas están vivos; si eventualmente hubieran intervenido en nuestra guerra los aliados del señor Arias, hoy ningún guerrillero estaría en este mundo, porque el lema de ellos era y es: *"guerrillero bueno es el guerrillero muerto"*, la única forma que conocen para ganar una guerra es: *"aniquilando al Enemigo"*.

Es francamente irritante el manantial de destrato que descarga sobre la dignidad de nuestras Fuerzas Armadas. En su esfuerzo por demostrar lo indemostrable habla, por ejemplo, de "indefensión" como la mejor política para la Seguridad Nacional. La historia y la realidad, no le dan la razón; está demostrado que la "disuasión" es la mejor y más neta defensa, aquello que pone a buena distancia las intenciones del enemigo los bienes que un Estado soberano tiene la obligación de tutelar. En Uruguay sabemos muy bien de esto y los soldados nos hemos preparado profesional y moralmente para precisamente responder donde y cuando es necesario con el propósito de poner a salvo bienes que nadie más está dispuesto a cuidar por nosotros.

Las hipótesis de guerra y de conflicto hasta ahora en el Uruguay, las determinábamos los que por mandato constitucional, por vocación y por juramento de honor, tenemos como misión la defensa de la Soberanía y de la integridad territorial. Nuestro credo y nuestro compromiso es *"matar y morir por la Patria"*.

Hace poco tiempo, ante la inminencia de un ataque a la Planta de Botnia por parte de fuerzas irregulares argentinas, acatando una orden del Presidente Vázquez, el Batallón de Infantería Mecanizado de la guarnición de Fray Bentos, en 15 minutos desplegó sus efectivos en condiciones de repeler

cualquier agresión a través del Río Uruguay. Eso se llama disuasión. Quienes nos conocen saben que peleamos y que lo hacemos bien.

Por lo tanto es falso, es ridículo decir que estamos en una carrera armamentista respecto de alguien. En lo que estamos es en lo que estuvimos siempre, desde los albores de la Patria, desde las gloriosas jornadas de 1811: preparados para defender la soberanía y el honor de la Patria. Todo el esfuerzo de la formación militar en Uruguay no tuvo ni tiene otro propósito ni otro impulso que el de ese sagrado servicio. Y eso nos llena de orgullo. Darlo todo por la patria, por más que el señor Arias piense diferente, no es un defecto, ni una falta, sino un timbre de honor que los orientales llevamos con la frente muy en alto.

El señor Oscar Arias es un pacifista profesional, es decir alguien que ante un conflicto trata de desarmar el derecho del que tiene razón, alguien que pone en pie de igualdad al agresor y al agredido, alguien que desconoce la nobleza de cualquier causa y la legitimidad de cualquier defensa; un pacifista profesional es un ser moralmente neutro: piensa que un secuestrador o un terrorista que pone bombas es equivalente a un soldado que cumple con la ley y sirve con toda lealtad a las autoridades de su país. Por eso, mucho de lo que dice el señor Arias, muchas de sus inicuas intervenciones no son de recibo y están plagadas de errores, y en nada contribuyen a estrechar la amistad entre los pueblos. Mal servicio le hace a la causa de la paz alguien que desconoce las condiciones y la verdadera naturaleza de la paz, y que no conforme con eso, se permite dar lecciones al resto del sistema solar.

Sólo para mostrarle que en esta República no necesitamos de su cátedra acerca de la guerra y la paz y que más bien rechazamos por indebida e insolvente su entrometida prédica, le recomendamos al señor Arias, que pretende conocer tanto a nuestro país como para marcarle el rumbo, que lea las siguientes palabras de José Enrique Rodó, nuestro maestro de juventudes, que a principios del Siglo XX ya le estaba contestando a ideas tan peregrinas y peligrosas como las que sustenta este Premio Nóbel.

Rodó escribió lo que sigue en su ensayo "Guerra y Paz" y constituye, todavía hoy, una autorizada referencia para quienes verdaderamente aman la paz, que no son precisamente los pacifistas profesionales, sino los buenos soldados, los que entienden que la guerra es el último recurso, pero en tanto recurso, tiene la misión de ser eficaz: *"Querer la paz por incapacidad para la guerra; querer la paz por el sentimiento de la propia debilidad, por el temor de la superioridad ajena es condición miserable de los pueblos que no tienen en sí mismos la garantía suprema de su persistencia y de su dignidad."*

Querer la paz por comprenderla hermosa y fecunda; querer la paz con la voluntad altiva del que tiene conciencia de sus fuerzas y reposa tranquilo en la confianza de que lleva en su propio brazo la potestad fidelísima que le tutela y escuda, es la condición de los pueblos nobles y fuertes.

Para desear eficazmente la paz, es menester la aptitud para la guerra. Los pueblos débiles no pueden proclamar la paz como un ideal generoso, porque para ellos es, ante todo, un interés egoísta, una triste necesidad de su desvalimiento. Sólo en los labios del fuerte, es bella y gloriosa la afirmación de la paz.

Vergüenza es que un pueblo se habitúe a que le llamen «débil», o a llamarse «débil» a sí mismo. No hay pueblo débil, sino el que se rebaja voluntariamente a serlo; porque la fortaleza de los pueblos se mide, no por su capacidad para la agresión, sino, por su capacidad para la defensa, y cada pueblo encuentra infaliblemente en la medida de sus recursos materiales, los medios proporcionados para su defensa, cuando él pone de suyo el elemento fundamental de su energía y de su previsión.

Desconoce su deber para, consigo mismo y para con la obra solidaria de fundar el orden y la paz estable en el mundo, el pueblo que no cuida de mantener su fuerza material en proporción relativa al desenvolvimiento de su riqueza y de su cultura”.

Esperamos que el gobierno nacional tome nota del exceso del señor Arias y lo ponga en su lugar; esto es: tratarlo con el respeto que merece el jefe de un Estado amigo, pero no permitirle injerencia en nuestros asuntos. Que el señor Arias haga todos los experimentos que quiera en su país, pero que no se meta en los temas que son de incumbencia y responsabilidad exclusiva de los orientales.

Ningún premio ni título le da asiento en nuestra soberanía.

Presidente del Centro Militar

General Manuel I. Fernández Vergara